

La Religiosa hoy en América Latina.

María Agudelo, o.d.n.
Secretaria Adjunta de la CLAR

El tema, así enunciado, corre el peligro de convertirse en una generalización: ciertamente, no se puede hablar con precisión de *la religiosa*, porque somos 131.000 en el continente, de todas las edades y condiciones, con los más variados tipos de formación y de vida, con distintas actividades profesionales y pastorales, procedentes de los más diversos ambientes, nacidas en todas las latitudes.

Por otra parte, *América Latina*, si es verdad que constituye una unidad por su vocación histórica y eclesial, por su herencia cultural y por la situación de subdesarrollo, sin embargo plantea a la religiosa una variada gama de problemáticas, lanza desafíos de todos los matices a su misión evangelizadora, y le ofrece un caudal inmenso de posibilidades.

De ahí que, más que intentar decir lo que es la religiosa hoy y aquí, cosa fuera de mi alcance, trataré de describir —a partir de la experiencia que me proporciona el trabajo que actualmente realizo— algunas *situaciones-desafío* en las que nos vamos encontrando, las respuestas que algunos grupos están dando, y lo que todas anhelamos realizar.

El primero de estos desafíos es *América Latina misma*. La Vida Religiosa, como radicalización de la experiencia de Dios¹, es siempre igual en los valores fundamentales pero como respuesta, tiene que adaptarse a proyectos concretos, dentro de pueblos con necesidades y características peculiares. Tenemos que ser mujeres latinoamericanas, redescubriendo en nosotras y haciendo activos, los valores que tantas mujeres nuestras han sabido simbolizar: sabiduría y paciencia, valor y discreción, religiosidad y actitud contemplativa, interiorización y respeto por la naturaleza, solidaridad y acogida. Como latinoamericanas consagradas, tenemos que descubrir en nuestro pueblo las “semillas del Verbo” de que habla *Ad Gentes*, y poner a su servicio lo mejor que hallemos dentro de nosotras, para propiciar el crecimiento en Cristo de cada hombre.

El hecho de pertenecer a la *Iglesia del Señor en el Continente*, es otro desafío fundamental. Se trata de una Iglesia que oficialmente denunció la violencia institucionalizada de las estructuras injustas y se declaró “Iglesia de los pobres”. El gesto profético está dado, y sigue siendo para algunos punto de partida, para otros acusación o reto. Mujeres consagradas al Cristo Pobre, para evangelizar a los pobres, noso-

¹ Cfr. “La Vida según el Espíritu en las Comunidades Religiosas de A.L.”, CLAR, n. 14.

tras estamos buscando cómo responder al desafío con una vida religiosa despojada, sin falsos poderes ni privilegios, atravesada por la Esperanza. Buscamos. Estamos en marcha. Reconocemos nuestros errores. Nos hallamos aún lejos del ideal.

Hasta 1970, el número de comunidades religiosas femeninas que trabajaba entre los más pobres (indígenas, campesinos, obreros, marginados de cualquier tipo, cinturones de miseria de las ciudades . . .), era muy inferior al de los varones². Hoy, al cabo de cinco años, el éxodo ha aumentado sensiblemente y el estudio que se adelanta dará un índice altamente significativo.

El problema más serio que estas comunidades afrontan, presenta una doble vertiente, con graves consecuencias cuando no se soluciona felizmente: por un lado, no se da a veces —sobre todo no se dió en un principio— la adecuada preparación para las situaciones nuevas y difíciles que la inserción real presenta; por otro, la desvinculación de los centros de la Congregación o de la Diócesis, por incomprensión o rechazo de uno de los dos lados (el centro o la periferia) o bien incomprensión o rechazo mutuos. De ahí, crisis en las personas y congregaciones, vaciamiento espiritual, compromisos imprudentes, procedimientos abusivos y hasta rompimientos y separaciones que se van haciendo frecuentes. Cuando se previene o se supera esta problemática, estos pequeños grupos, orantes, pobres, realistas y comprometidos, crean formas renovadas de vida religiosa y proyectan ya una nueva imagen de mujer consagrada.

Si la voz de la Iglesia nos ha sacudido, es porque interpretaba la *voz del Señor en la Historia*, compendio de todos los desafíos para nosotras. La situación de subdesarrollo, con la marginación y pobreza que supone, con la injusta dependencia que la define, nos rodea y nos penetra ahora por todas partes. Las religiosas, al romper muchas barreras estructurales, sociológicas y hasta materiales, que nos alejaban de la realidad, estamos escuchando de cerca ese clamor: cultura del silencio, ignorancia, que nos pide liberar la palabra propia y colaborar con otros para que encuentren su expresión peculiar; situaciones de sufrimiento, de opresión, de desconocimiento de la dignidad humana, en donde hemos de promover y humanizar; clamor del odio, de la amargura, de la rebeldía, del vicio, del desprecio por la vida ajena, en donde estamos llamadas a dar el sentido profundo de los valores humanos y a trazar la perspectiva de la Redención.

El momento de *cambio rápido, global, envolvente*, constituye el marco de otra serie de desafíos.

² Cfr. "Estudio sociográfico de los Religiosos y las Religiosas en A.L.", CLAR, Perspectivas, n. 3.

• Estamos viviendo la crítica de los modelos tradicionales, no de forma especulativa sino sumergidas existencialmente en la transformación del "status" de la mujer, de algunas de las instituciones en las que nos movemos y, particularmente, de la institución Congregación religiosa en cuanto tal. Son muchas las Hermanas que, a partir de esto, toman conciencia de su ser de mujer y tratan de acendrarlo, de situarse de nuevo, de revalorizarse en cuanto tales, de estudiar su papel para cumplir mejor su misión. No es nada fácil. En A.L. la mujer sufre, en mayor proporción que el hombre, la situación de opresión³. En la Iglesia, la mujer estuvo durante mucho tiempo —y sigue estando en algunos aspectos— en situación real de inferioridad, en cuanto a sus medios de expresión y en cuanto a oportunidades en los campos de decisión, planeación o acción. Muchas religiosas fluctúan entre la destrucción de la imagen tradicional y la búsqueda de la que se está gestando, sobre la base de un análisis antropológico, sociológico, cultural y religioso. Es indudable que todo esto produce tensiones y crisis, lucha interior profunda, en la búsqueda de independencia y de caminos de respuesta como auténtica mujer y como auténtica religiosa.

• La respuesta primordial a un reto tan englobante, va en la línea de la profundización:

— De la Vida Religiosa misma, concebida no como tarea, como formas externas, como conjunto de normas, sino como experiencia radical de Cristo, como seguimiento suyo según el Evangelio para la construcción del Reino. Vida que es en el mismo movimiento reserva y dedicación, consagración y misión⁴.

— Profundización en el ser de mujer. Búsqueda de una posición de igualdad fundamental con el varón, en cuanto imagen del Creador, con idéntica vocación como persona humana, con la misma dignidad sellada por la libertad⁵. Reconocimiento de nuestro ser de mujer como una riqueza a partir de la cual cada una se humaniza, afronta los problemas, realiza su vocación cristiana, transforma el mundo.

• El cambio de la sociedad nos pide, además, encontrar nuevos signos, buscar formas expresivas de vida, que sean alfabeto legible para el Pueblo de Dios. Y esto por la razón misma de que la vida religiosa es fundamentalmente un espacio carismático—profético de la Iglesia del Señor. Exige que, vivenciando profundamente los votos como Consagración, no olvidemos su carácter público y los revistamos de formas que anuncien lo que será la humanidad en su plenitud del Reino, denunciando al mismo tiempo lo que se opone al comienzo de su realización en el tiempo. Se trata de un desafío serio y realista: tenemos que hacer de la Pobreza camino a la solidaridad, hemos de vivir la obediencia

³ Cfr. "La Religiosa hoy en América Latina", CLAR, n. 13.

⁴ Cfr. CLAR, n. 14.

⁵ Cfr. CLAR, n. 13

como ambiente de libertad de hijos de Dios, tenemos que expresar la virginidad consagrada en apertura y servicio. Urge hacer de las estructuras medios y no fines, adaptarlas a las situaciones, quitarles su carácter de barrera y separación.

- Muchas imágenes se quiebran en este momento de cambio socio-cultural. Nosotras anhelamos romper con esa imagen de la "Hermana" como ser alejado de la realidad, tímida, elitista, piadosamente buena, dulce hasta el extremo. Frente a la pasividad, el servicio oscuro, el segundo plano, la dependencia en las costumbres, la legislación hecha por varones, la no-intervención, la ineludible asesoría masculina, la "huída del mundo" . . . anhelamos vivir lo que comprendemos que deberíamos proyectar: mujeres con posibilidad de expresarse en la Iglesia, con puestos de responsabilidad en organismos eclesiales y oficiales, miembros activos de equipos pastorales. "Hermanas", disponibles, sencillas y alegres, pobres y conocedoras de la realidad, viviendo formas auténticas de contemplación y fraternidad, "presencia de comunión" en un continente que va tomando conciencia creciente de su injusta dependencia y en el que también va en ascenso el proceso de búsqueda de liberación.

- Se dan grupos de Hermanas mayores que han vivido el espíritu de su Congregación amoldándose a formas estrictas y reconocidas. Están apegadas a ellas y desean que se conserven. Con frecuencia, sufren terriblemente al contemplar o al vivir cambios que no se acomodan a su estilo habitual de vida y que no corresponden a sus esquemas mentales y temen, —a veces con razón, a veces sin ella— que el espíritu que las nutrió y que dinamizó su oración y su apostolado, se diluya, se debilite o se pierda. A su lado hay grupos, predominantemente jóvenes, más sensibles a todo lo que el cambio de la vida actual contiene como valores, y que quieren vivir el mismo ideal, pero de otro modo. Buscan caminos y experimentan las consecuencias necesarias de la desinstalación, de los tanteos, de la formación inadecuada, de los errores y de los hallazgos. Esta situación existencial es un desafío a la caridad evangélica de todas, hay que tender con entusiasmo hacia la unidad. No la que es uniformidad, no la que se funda en fórmulas o actividades externas, sino la que brota del reconocimiento de la identidad del espíritu, en la voluntad profunda de vivir, de discernir, de celebrar el misterio en el seno de una comunidad; de detectar lo que hace que nos reconozcamos hermanas aún cuando el modo de vestir, las costumbres, las experiencias, las responsabilidades profesionales, sean diversas.

Es típica y de profundas consecuencias, la situación planteada a la religiosa en el *campo del trabajo*. En el pasado, éste se realizó para muchas de modo rutinario, con carácter poco creador, sin sentido vocacional humano, sin la necesaria preparación. Hoy, el creciente anhelo de personalización, las ingentes tareas del continente y la visión cristiana

del trabajo, constituyen a éste en otra de las llamadas que estamos considerando desafíos . . . Buscar condiciones que realicen y no alienen; hacer un trabajo que permita, desde la misma praxis, al tiempo que la transformación del mundo y la construcción de la historia, anunciar el sentido profundo de la colaboración con el Creador, y denunciar lo que destruye o despersonaliza, lo que se constituye en instrumento de dominación. Especialmente para nosotras las mujeres, es necesaria una inserción real, que rompa prejuicios y tabúes; búsqueda de preparación más de acuerdo con las necesidades; esfuerzo por perder el miedo a trabajar en los distintos campos de una sociedad que no se construye sino en pareja, y que exige la auténtica colaboración hombre-mujer.

Las *urgencias pastorales* constituyen otro gran capítulo de retos:

Muchas Hermanas, comprometidas con abnegación y eficacia en la actividad apostólica de *la educación*, se hallan en situación difícil de crisis. Evaluando y confrontando su trabajo con las necesidades actuales, se preguntan: ¿cuál sector de la sociedad atender primordialmente? ¿Cómo ampliar el radio y el sentido de la educación? ¿Cómo concientizar liberando en Cristo? ¿Cómo transformar las obras educativas, para que respondan a las necesidades del momento? ¿Cómo mantener las complicadas estructuras, necesarias hasta ahora? ¿Cómo desprenderse de ellas sin traumatismos inútiles? ⁶ . . .

Y en el campo de la *asistencia social y la salud*, asumido durante siglos, con dedicación reconocida, parecidos interrogantes: Si serán las grandes clínicas el ambiente ideal para la pastoral de la salud: si hay suficiente preparación humano-cristiana para atender a las necesidades nuevas, a las llamadas apremiantes; cómo evangelizar en las inmensas aglomeraciones de masas urbanas, en los cinturones de miseria, en las comunidades campesinas abandonadas; cuál es el testimonio de la mujer consagrada entre la juventud descontenta, en la familia que se desintegra? Explosión demográfica y planeación familiar; amor y prostitución; aborto, drogas . . . realidades humanas en las que tenemos que buscar nuestra respuesta de "religiosas".

La religiosidad popular, la descristianización del medio obrero, la indiferencia o superficialidad de ciertos medios sociales, el tradicionalismo pasivo o el ateísmo militante, desafían ahora a la *catequista* que hay dentro de cada Hermana. Sumergidas como estamos cada vez más en los medios populares y campesinos, frecuentando los padres de familia o en contacto con universitarios, animando comunidades de base o comunidades campesinas e indígenas, nos hallamos aquí en el corazón de la vocación humana, religiosa, femenina: cuidar la vida, cultivar la vida, hacer crecer la vida , que en este caso es VIDA.

⁶Cfr. "El Religioso Educador", CLAR, n. 53

Por último, es evidente cómo las nuevas situaciones, el proceso histórico, la visión renovada de Iglesia a partir del Vaticano II y de Medellín, abren caminos hasta ahora intransitados por nosotras. Se agita por todas partes el tema de los Ministerios y, de Argentina a México, encontramos religiosas con actividades pastorales de responsabilidad, al frente de parroquias y hasta como vicarias pastorales. Las religiosas más lúcidas ven todo esto lleno de posibilidades, pero también de ambigüedades . . . Sería necesario prepararnos mejor, cultivar una pedagogía que realmente quitara prejuicios en Obispos, sacerdotes y hasta laicos; no quisiéramos que se nos considerara meras suplentes, abocadas a fortalecer tal vez el clericalismo, paralizadas en la búsqueda de nuestro servicio propio a la Iglesia, utilizadas por falta o escasez de sacerdotes diocesanos. Más que buscar una promoción que nos permita insertarnos al modo de los varones en estructuras tradicionales, quisiéramos se nos diera la posibilidad de colaborar con todos los que quieren cambiar, cuanto de efímero y caduco haya en esas estructuras.

Las religiosas estamos deseando *insertarnos y servir*. Se siente en todos los ambientes de la vida religiosa femenina una disponibilidad para entrar en los medios de los que estaba ausente, o para emprender por caminos desconocidos la aventura de Dios. Quizás pecho de optimista, pero me parece que en este 1975, nuestra audacia no es ya autosuficiente e incauta. Es más bien la del que, reconociendo sus propias limitaciones y debilidades, siente la fuerza del que cumple en nombre del Señor una tarea ineludible e inaplazable.

Nuestro anhelo más profundo es el de llegar a tener una *palabra profética*: ser vidas significativas que hacen la crítica de "este mundo que pasa", pero empiezan a construir desde aquí el que no pasará. Presencia de Cristo entre los hombres, anuncio de solidaridad y de amor oblativo, denuncia del egoísmo y de la ambición . . . Todo esto se halla en lo más íntimo de los anhelos de las comunidades femeninas que conozco.

Estamos vislumbrando y aceptando nuestra parte en la evangelización del continente como una tarea enorme, como una vocación imperiosa, como un don maravilloso del Señor.